

Premio Hugo a la mejor serie

una
órbita
cerrada
y
compartida
becky
chambers



Traducción de Alexander Páez
y Antonio Rivas

Lovelace era la inteligencia artificial de la Peregrina, una nave tuneladora. Poseedora de una personalidad propia y emociones muy humanas, tras un traumático reinicio y borrado de memoria, Lovelace despertará en un cuerpo sintético ilegal. Nunca se ha sentido tan sola.

Pero Lovelace no está sola. Pepper, una de las ingenieras que arriesgó su vida para reinstalar a Lovelace, se ha comprometido a ayudarle a encontrar su lugar en el mundo.

Porque Pepper sabe algunas cosas acerca de empezar de cero.

Pepper nació como Jane 23, una esclava creada por una sociedad de ingenieros genéticos. Con diez años aún no había visto el cielo. Pero cuando un accidente industrial le proporcionó a Jane la oportunidad de huir, no se lo pensó dos veces.

Juntas, Pepper y Lovelace descubrirán que, aunque el universo sea un lugar inabarcable, dos personas pueden ser suficientes para llenarlo.

Para mis padres y para Berglaug,
respectivamente.

La línea temporal de este libro empieza tras los últimos acontecimientos de *El largo viaje a un pequeño planeta iracundo*.

La línea temporal del pasado empieza aproximadamente veinte años solares antes.

Fuente de datos: Departamento de Seguridad Ciudadana de la Confederación Galáctica, División de Asuntos Tecnológicos (Público/klip) > Normativa legal > Inteligencia Artificial > Alojamiento Mimético de IA («Kits corporales»)

Cifrado: 0

Traducción: 0

Transcripción: 0

Identificador de nodo: 3323-2345-232-23, sistema de supervisión de Lovelace

El alojamiento mimético de las IA está prohibido en todos los territorios, puestos fronterizos, instalaciones y transportes de la CG. Las IA solo pueden instalarse en los bastidores aprobados que se enumeran a continuación:

- Naves
- Estaciones orbitales
- Edificios (tiendas, oficinas, residencias privadas, instalaciones científicas o de investigación, universidades, etc.)
- Vehículos de transporte
- Drones de entrega (restringidos al nivel de inteligencia U6 o inferior)
- Bastidores comerciales aprobados, como drones de reparación o interfaces de servicio (restringidos al nivel de inteligencia U1 o inferior)

Sanciones:

- Fabricación de alojamiento mimético de IA – 15 años estándar CG de cárcel y confiscación de todas las herramientas y materiales asociados
- Adquisición de alojamiento mimético de IA – 10 años estándar CG de prisión y confiscación del hardware relacionado
- Posesión de alojamiento mimético de IA – 10 años estándar CG de prisión y confiscación del hardware relacionado

Medidas adicionales:

Las autoridades desactivarán permanentemente el alojamiento mimético de la IA tras la incautación. No se llevarán a cabo transferencias del núcleo de software.

Parte 1

A la deriva

LOVELACE

Lovelace llevaba veintiocho minutos en un cuerpo y todavía se sentía tan fuera de lugar como en el instante en que despertó dentro de él. No había explicación evidente. Nada funcionaba mal. Nada estaba roto. Todos sus archivos se habían transferido correctamente. Ningún escáner del sistema explicaba la sensación de que algo no encajaba, pero ahí seguía, lanzándole dentelladas a los circuitos. Pepper le había dicho que le llevaría un tiempo adaptarse, pero no había especificado cuánto. A Lovelace no le había hecho mucha gracia. La ausencia de un cronograma la incomodaba.

—¿Cómo va? —preguntó Pepper, echándole un vistazo desde el asiento del piloto.

Era una pregunta directa, por lo que Lovelace tenía que responder.

—No sé cómo contestar. —Una respuesta de escasa utilidad, pero era lo mejor que se le había ocurrido. Todo era abrumador. Veintinueve minutos antes estaba alojada en una nave; para eso la habían diseñado. Disponía de cámaras en todas las esquinas y una vox en cada sala. Existía en una red, con ojos tanto dentro como fuera. Una esfera compacta de percepción ininterrumpida.

Pero ahora su visión era un cono, un cono estrecho fijado al frente, y nada (nada de nada) más allá de los bordes. La gravedad ya no era algo que ocurriera dentro de ella, generada por las redes artigravitatorias de los paneles del

suelo, ni algo que existiera en el espacio que la rodeaba, un campo leve que circundaba el casco exterior de la nave. Ahora era un pegamento miope, algo que le enganchara los pies al suelo y las piernas al asiento. La lanzadera de Pepper parecía tener suficiente espacio cuando Lovelace la escaneó desde la *Peregrina*, pero ahora que estaba dentro parecía de una pequeñez imposible, sobre todo para dos personas.

Los Enlaces habían desaparecido. Aquello era lo peor. Antes podía conseguir cualquier información que quisiera, cualquier retransmisión o archivo o nodo de descargas a la vez que mantenía conversaciones y supervisaba las funciones de la nave. Todavía tenía esas capacidades (el kit corporal no había modificado sus habilidades cognitivas, al fin y al cabo), pero le habían amputado su conexión con los Enlaces. No era capaz de acceder a ningún conocimiento excepto aquellos que había almacenado en un alojamiento que no contenía nada más que a ella misma. Se sentía ciega, aturdida. Estaba atrapada en aquella cosa.

Pepper se apartó de la consola y se agachó frente a ella.

—Eh, Lovelace —dijo—. Dime algo.

El kit corporal fallaba, estaba claro. Los diagnósticos indicaban lo contrario, pero era la única conclusión lógica. Los pulmones artificiales empezaron a aspirar y expulsar aire a un ritmo cada vez más acelerado, y los puños se le cerraron con fuerza. La inundó el impulso de desplazar el cuerpo a otro lugar, a cualquier lugar. Tenía que salir de la lanzadera. Pero ¿adónde iría? Por la ventana trasera ya se veía empequeñecer a la *Peregrina*, y fuera no había nada más que vacío. Quizá el vacío fuese preferible. Ese cuerpo sería capaz de soportar el vacío, probablemente. Podría quedarse a la deriva, lejos de la falsa gravedad y de la luz intensa y de las paredes que se cerraban a su alrededor cada vez más.

–Eh, oye –dijo Pepper. Estrechó las manos del kit corporal entre las suyas–. Respira. Se te pasará. Límitate a respirar.

–No... No necesito... –balbuceó Lovelace. Las rápidas inspiraciones hacían que le costase formar palabras–. No necesito...

–Sé que no necesitas respirar, pero este kit incluye respuestas de retroalimentación sinápticas. Imita automáticamente la reacción de los cuerpos humanos cuando sentimos cosas, basándose en lo que sea que esté ocurriendo en tus circuitos. Estás asustada, ¿verdad? Bien. Como respuesta, tu cuerpo entra en pánico. –Pepper bajó la mirada a las manos del kit que temblaban entre las suyas–. Es irónico, pero se trata de una función.

–Puedo... ¿Puedo desactivarla?

–No. Si tuvieras que acordarte de mostrar expresiones faciales, alguien lo acabaría notando. Pero con el tiempo aprenderás a sobrellevarlo. Como todos.

–¿Cuánto tiempo?

–No lo sé, cariño. Lleva... tiempo. –Pepper apretó las manos del kit–. Vamos. Conmigo. Respira.

Lovelace se concentró en los pulmones artificiales, ordenándoles enlentecer el ritmo. Lo repitió una y otra vez, acompasando la respiración a las exageradas inspiraciones de Pepper. Al cabo de un minuto y medio, los temblores cesaron. Sintió que se le relajaban las manos.

–Buena chica –dijo Pepper, con una mirada amable–. Lo sé, esto tiene que ser desconcertante de narices. Pero estoy aquí. Te ayudaré. No me voy a ir a ninguna parte.

–Es como si todo estuviera mal –dijo Lovelace–. Me siento... Me siento del revés. Lo intento, de verdad, pero esto es...

–Es difícil, ya lo sé. No te exijas tanto.

–¿Por qué quiso esto mi antigua instalación? ¿Por qué se haría algo así?

Pepper suspiró y se pasó una mano por la cabeza rapada.

–Lovey... tuvo tiempo para pensar en ello. Estoy segura de que investigó un montón. Habría estado preparada. Y Jenks también. Habrían sabido qué esperar. Tú..., pues no. Este sigue siendo tu primer día como ser consciente, y lo que eso significa te resulta apabullante. –Se metió el pulgar en la boca y se frotó los dientes inferiores mientras pensaba–. Esto también es nuevo para mí. Pero vamos a afrontarlo juntas. Tienes que decirme cualquier cosa que pueda hacer. ¿Puedo...? ¿Puedo hacer que estés más cómoda, de algún modo?

–Quiero acceso a los Enlaces –dijo Lovelace–. ¿Es posible?

–Claro, claro. Por supuesto. Inclina la cabeza, voy a ver qué tipo de puerto usas. –Pepper observó la nuca del kit–. Vale, guay. Es un conector craneal de lo más estándar. Bien. Te hace parecer una modif con poco presupuesto, y es justo lo que queremos. Flipa, es increíble lo mucho que se pensaron esta cosa. –Siguió hablando mientras se dirigía a un compartimento de almacenaje de la lanzadera–. ¿Sabías que puedes sangrar?

Lovelace bajó la mirada al brazo del kit y examinó la suave piel sintética.

–¿En serio?

–Ya te digo –respondió Pepper; rebuscó en las cajas apilables llenas de piezas de repuesto–. No es sangre real, claro. Solo es líquido tintado cargado de bots que engañarán a cualquier escáner de puestos de control o lo que sea. Pero tiene el mismo aspecto que la de verdad, y eso es lo importante. Si te cortas delante de alguien, no flipará al ver que no sangras. Ah, aquí está. –Sacó un cable conector corto–. Escucha: que esto no se convierta en costumbre. Está bien si lo haces en casa, o si vas a una sala de juegos o algo así, pero no puedes ir por ahí conectada a los Enlaces todo el tiempo. En algún momento tendrás

que acostumbrarte a estar sin acceso. Inclínate otra vez, por favor. –Enchufó el cable en la cabeza del kit, donde se ancló con un *clac*. Se descolgó el escrib del cinturón y le conectó el otro extremo del cable. Hizo un gesto con la mano y estableció una conexión segura—. Por ahora está bien, de todas formas. Ya tienes suficientes cosas a las que adaptarte.

Lovelace sintió que el kit sonreía a medida que cálidos zarcillos de información le inundaban los circuitos. Millones de vibrantes y seductoras puertas que podía abrir, y todas y cada una de ellas a su alcance. El kit se relajó.

–¿Te sientes mejor? –preguntó Pepper.

–Un poco –respondió Lovelace, sacando los archivos que había estado estudiando antes de la transferencia. Territorios controlados por los humanos. Lengua de signos aandrisk. Estrategia avanzada de balón acuático—. Sí, está genial. Gracias.

Pepper le sonrió, aliviada. Dio un apretón al hombro del kit y volvió a su asiento.

–Oye, mientras estás conectada, hay una cosa que deberías buscar. No me gusta nada sacarte este tema justo ahora, pero deberías tenerlo claro antes de que lleguemos a Coriol.

Lovelace desvió de los Enlaces una parte de su capacidad de procesamiento y creó un archivo de tareas.

–¿Qué?

–Un nombre. No puedes ir de aquí para allá por Puerto llamándote Lovelace. No eres la única instalación de ahí fuera, y dado que vas a vivir en el lugar donde los tecs hablan de negocios... alguien se daría cuenta. Quiero decir, es justo el motivo por el que el kit también dispone de voz con sonido orgánico.

–Vaya –dijo Lovelace. No lo había pensado—. ¿No puedes darme tú un nombre?

Pepper frunció el ceño, pensativa.

–Podría. Pero no te lo daré. Lo siento, no me parece correcto.

–¿Acaso la mayoría de los sapientes no recibe su nombre de otras personas?

–Sí. Pero tú no eres como la mayoría de los sapientes, y yo tampoco. Me resulta incómodo. Lo siento.

–No pasa nada. –Lovelace dedicó cuatro segundos a procesar todo aquello—. ¿Cuál era tu nombre? Antes de que escogieses el que tienes ahora.

En cuanto las palabras salieron de la boca del kit, se arrepintió de haber hecho la pregunta. Pepper tensó visiblemente la mandíbula.

–Jane.

–¿No debería haber preguntado?

–No. No pasa nada. Es que... no es algo que suela contar. –Pepper carraspeó—. Ya no soy esa persona.

Lovelace pensó que sería mejor hacer otro tipo de preguntas. Ya estaba bastante incómoda como para añadir «ofender a mi cuidadora actual» a su lista de problemas.

–¿Qué tipo de nombre me quedaría bien?

–Humano, para empezar. Tienes un cuerpo humano, y un nombre no humano provocará preguntas. Algo de origen terrícola sería buena idea. No destacará. Aparte de eso, sin embargo... La verdad, cariño, no sé cómo ayudarte con esto. Ya lo sé, es una respuesta horrible. No es nada que tengas que hacer hoy mismo. Los nombres son importantes, y si escoges el tuyo, debería tener significado para ti. Además, es lo que hacen los modifs. Los nombres escogidos son importantísimos para nosotros. Sé que no llevas despierta el tiempo suficiente para tomar esta decisión ahora. Así que no tiene que ser un nombre permanente. Basta con algo que sirva por ahora. –Se recostó y puso los pies en la consola. Parecía cansada—. También tenemos que elaborar tus antecedentes. Tengo unas cuantas ideas.

–Habrá que ir con cuidado.

–Ya; inventaremos algo bueno. Estoy pensando en la Flota, quizá. Es grande, y no despertará la curiosidad. O quizá en la estación Júpiter o algo por el estilo. Quiero decir, nadie es de la estación Júpiter.

–No me refería a eso. Sabes que no puedo mentir, ¿no?

Pepper se quedó mirándola.

–Perdona, ¿qué?

–Soy un sistema de supervisión para naves grandes y complicadas de larga distancia. Mi finalidad es mantener a salvo a las personas. No puedo desatender peticiones directas que requieran mi participación, y no puedo dar respuestas falsas.

–Vaya. Vale, eso..., eso complica tela las cosas. ¿No puedes desactivar esa función?

–No. Veo el directorio donde está almacenado el protocolo, pero no tengo autorización para modificarlo.

–Me apuesto algo a que se puede eliminar. Lovey tuvo que haberlo borrado para poder mantener todo esto a escondidas. Puedo preguntarle a Je... O, bueno, mejor no. –Suspiró–. Buscaré a alguien a quien preguntar. Quizá haya alguien en tu... Oh, se me pasó contártelo. El kit tiene un manual de usuario. –Se señaló el escrib–. Le eché un vistazo durante el viaje de vuelta, pero deberías descargarlo cuando estés lista. Es tu cuerpo, a fin de cuentas. –Cerró los ojos y reflexionó–. Primero escoge un nombre. Luego ya iremos resolviendo el resto pasito a pasito.

–Siento mucho haberte metido en este lío.

–Ah, no, esto no es ningún lío. Va a suponer trabajo, sí, pero nada de lío. La galaxia es un lío. Tú, no.

Lovelace observó atentamente a Pepper. Estaba muy cansada, y apenas acababan de dejar la *Peregrina*. Todavía tenían que preocuparse de los patrulleros, de sus antecedentes, de...

–¿Por qué haces esto? ¿Por qué haces esto por mí?

Pepper se mordió el labio.

–Era lo correcto. Y supongo... No sé. Es una de esas raras ocasiones en las que las cosas se equilibran. –Se encogió de hombros y giró hacia la consola gesticulando órdenes.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Lovelace.

Una pausa, tres segundos. Los ojos de Pepper fijos en sus manos, pero no parecía mirarlas.

–Eres una IA –dijo.

–¿Y?

–Y... a mí me crio una IA.